

SUSAN FENIMORE COOPER

Diario rural

Primavera

Verano

Traducción de
ESTHER CRUZ SANTAELLA

Prólogo de
MARÍA SÁNCHEZ

LA PRIMERA MUJER

¿QUÉ SERÍA DE ESTE libro si no lo hubiera escrito una mujer?

Esta es una de las cuestiones que más me planteo últimamente acerca de los libros escritos por mujeres que suelen ocupar los lugares más lejanos de las bibliotecas, que se encuentran perdidos, descatalogados, olvidados. *Diario rural*, de Susan Fenimore Cooper, es uno de estos libros. Publicado por primera vez en 1850 —y con apenas diez ediciones repartidas en el tiempo durante dos siglos—, es un ejemplo de cómo, por el simple hecho de ser su autora mujer, un libro no recibe la atención ni el reconocimiento justo que merece. Susan no era una escritora cualquiera; de hecho, no solo era escritora. Tenía formación en historia y arte, sabía idiomas y llegó a estudiar botánica y zoología. Pero también era «hija de». Su padre, James Fenimore Cooper, fue uno de los escritores americanos de aventuras más reconocidos, autor de libros como *El cazador de ciervos* y *El último mohicano*. Es importante traer este pequeño detalle hasta aquí porque los que nos preceden a veces nos sustentan y enseñan, pero también a veces eclipsan, y sin querer, aunque nunca lo sabremos, dejan a la sombra.

Un dato curioso acerca de muchas autoras que escriben sobre naturaleza es que heredan este vínculo al medio, y a los animales, por el padre o por el abuelo. Siguen el camino que marcan los hombres de la familia, pero se convierten en las primeras mujeres en escribir sobre el terreno de una manera diferente, con un estilo totalmente renovador y nuevo. Es el caso de Susan Fenimore Cooper con este libro, y de obras que se han editado re-

cientemente en nuestro país como *La memoria secreta de las hojas*, de Hope Jahren, y *El ingenio de los pájaros*, de Jennifer Ackerman. Mujeres que, siguiendo la estela de las profesiones o aficiones de los padres, prosiguen con ellas a través de la escritura. También todas comparten una admiración y un sentimiento de amor profundo hacia ellos. En el caso de Susan: es tan grande el apego y el amor hacia el padre, que no llega a casarse porque él consideraba que ningún pretendiente estaba a la altura de su querida hija y, cuando este muere, ella deja de escribir y se dedica por completo a salvaguardar la obra del padre, y a la beneficencia. Su obra literaria desaparece con el padre, lo que nos lleva irremediamente a preguntarnos: ¿cómo hubiera sido la carrera literaria de Susan Fenimore Cooper sin la figura de su padre? ¿Habría ido a más? ¿Y si se hubiera casado? ¿Habría pasado de ser eclipsada por el padre a convertirse en una sombra atenta y obediente al marido? ¿Habría crecido su escritura sin la figura masculina?

CONSIDERAMOS A Henry D. Thoreau el padre por excelencia de dos términos que hoy en día han vuelto a estar en boga: *Nature Writing* y *Environmentalist*. Tenemos a *Walden* como una obra sin precedentes, un manual único de defensa de la naturaleza y una crítica feroz que cuestiona los modelos de producción y la sociedad. Un ensayo que termina convirtiendo a su autor en uno de los padres fundadores de la literatura de Estados Unidos, y que lo presenta como un tótem imprescindible de la literatura. Es imposible no relacionar a Susan Fenimore Cooper con Thoreau al leer *Diario rural*, tras celebrar tanto a *Walden* y a su autor. Aunque parten de premisas y lugares diferentes, comparten muchos puntos en común: ambos escriben sobre lo que les rodea. Siendo el medio natural esencial en su obra, reflexionan, contemplan, narran a partir de lo que ven de una forma que se deja mecer a veces por

la ficción, y que también llega a ser, a menudo, poética. Y por supuesto, cada uno —a su manera— apuesta por la conservación de la naturaleza y advierte sobre el peligro que supone para el medio la acción del hombre sin medida. Dos escritores que brillan por su conciencia ambiental como nunca antes había sucedido en la historia de la literatura de su país. Pero esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué reconocemos y nos es tan familiar *Walden*, y no ocurre así con *Diario rural*?

Sí, *Diario rural* se publicó cuatro años antes que *Walden*. ¿Qué curioso, verdad? Sabemos que Thoreau leyó *Diario rural*, y que en uno de los medios en los que colaboraba hizo alguna mención sin pena ni gloria al libro de Susan. Hoy sabemos que lo leyó. Vuelve el género a marcar la escritura y a cuestionarnos una vez más: ¿y si *Diario rural* hubiera sido escrito por un hombre? ¿Se habría cuestionado a Thoreau? ¿Se habría hablado de una obra fundamental que lo precedía y que claramente había sido influencia y semilla?

Con *Diario rural*, Susan Fenimore Cooper se convierte sin saberlo en una pionera de la conservación y la ecología. En estas páginas encontramos pasajes llenos de una fuerza arrolladora que podrían ser perfectamente partes de poemas. Es imposible no acordarse de Emily Dickinson conforme crece la lectura. La Susan narradora no habla, no ordena, no dicta. Nos incluye a todos nosotros en su cuaderno. Nos apela, con una escritura llena de sensibilidad y luz. Su palabra incisa, pero calma, serena, está llena de tonos, ritmos, colores, murmullos. Aquí los árboles y los animales se dejan mecer por una escritora naturalista que, atenta, describe como nadie los cambios de estación, las migraciones de las aves, la llegada del frío, el orden natural de las cosas, las canciones que suceden día tras día en su entorno. Susan, como espectadora, no solo escribe sobre el medio que la rodea, sino que involucra a los habitantes y los mezcla con pasajes de literatura, con cuentos populares y costumbres. Su conciencia ambiental inunda cada una

DIARIO RURAL

POR UNA DAMA

Y probaremos los placeres todos
que brinden valles, montes y campos,
cultivos, bosques o abruptas montañas.

Marlowe¹

¹ Versos extraídos del poema *The Passionate Shepherd to His Love* (El pastor apasionado a su amor) de Christopher Marlowe, autor y traductor inglés de finales del siglo xvi.

Todas las citas recogidas en el presente libro aparecen en versión de la traductora de esta obra. (*N. de la T.*)

ESTAS NOTAS
ESTÁN ESCRITAS POR SU AUTORA
CON TODO EL RESPETO, LA GRATITUD
Y EL MAYOR DE LOS AFECTOS
HACIA EL ESCRITOR DE
*EL CAZADOR DE CIERVOS.*²

2 El autor al que se refiere es su padre, James Fenimore Cooper, novelista estadounidense cuya obra más reconocida es *El último mohicano*. (N. de la T.)

PREFACIO

LAS NOTAS AQUÍ RECOPIADAS recogen, a modo de diario, una sencilla crónica de esos pequeños acontecimientos que conforman el transcurso de las estaciones del año en la vida rural. Dieron comienzo hace dos años, en la primavera de 1848, para entretenimiento de su autora. Al pasear por entre los cultivos durante una residencia prolongada e ininterrumpida en el campo, uno va cosechando, como es natural, numerosas y nimias observaciones sobre asuntos del campo, que *a posteriori* se rememoran placenteramente junto al fuego, y se comparten quizá, de buena gana, con amigos. Así pues, las siguientes páginas se ofrecen a los lectores más por el interés de sus temas que por los méritos de su escritura. No pretenden presentarse con aspiraciones científicas de ningún tipo, y sin embargo se espera que no vayan a encontrarse en ellas grandes imprecisiones. Cabe añadir asimismo que se redactaron de absoluta buena fe: todas y cada una de las insignificancias a las que aquí se alude ocurrieron tal y como aparecen.

De complacer este tomo a cualquiera que, al igual que el reputado Hooker, sea un enamorado del campo, lugar en el que es posible «contemplar cómo las bendiciones de Dios brotan de la tierra», la escritora verá más que recompensadas las ligeras reticencias a las que se enfrentó su publicación.³

Marzo de 1850

3 En este párrafo, se hace referencia a Richard Hooker. La cita entrecomillada está sacada de una carta que este sacerdote de la Iglesia de Inglaterra —y teólogo muy influyente en el siglo xvi— envió a quien por entonces era el arzobispo de Canterbury, John Whitgift. (*N. de la T.*)

Sábado, 4 de marzo.

A nuestro alrededor, todo tiene un aspecto rotundamente quieto, muy propio del invierno, y la nieve recién caída cubre el terreno con una capa de treinta centímetros de profundidad. En cualquier caso, pasear en trineo es un gusto, ya que el mes pasado hubo poca oportunidad. Esta mañana, hemos recorrido varios kilómetros valle abajo, con un viento cortante de cara y algunas ráfagas de nieve; de cualquier modo, tras enfrentarse al frío con valentía, uno se lleva a casa una suerte de brillo virtuoso imposible de conseguir si se queda achantado ante la chimenea. Con esto ocurre igual que con otros asuntos de mayor importancia: el esfuerzo conlleva su recompensa.

Martes, 7 de marzo.

Día más templado; se está derritiendo la nieve. Mientras caminábamos cerca del río esta tarde, hemos visto una bandada de patos silvestres volando hacia el norte; algunas de estas aves, pocas, se quedan aquí todo el invierno, pero raras veces las verá quien no se dedique a la caza. Eran las primeras que veíamos desde hacía varios meses. En primavera y en otoño, cuando van y vienen tantísimos ejemplares de las diferentes variedades, estos patos son bastante comunes. En la misma dirección pasaron también tres aves acuáticas grandes que nos parecieron colimbos. Solo se dejaron ver un momento, a causa de los árboles que teníamos encima, pero oímos un aullido fuerte cuando nos sobrevolaron, semejante al de esas aves. De cualquier modo, es temprano para los colimbos,

así que a lo mejor nos confundimos. Suelen aparecer hacia principios de abril, y se quedan entre nosotros todo el verano y el otoño, hasta finales de diciembre, cuando se marchan a la costa; muchos pasan el invierno por la zona de Long Island y muchos más, en la bahía de Chesapeake. No hace demasiado tiempo, vimos una de esas aves de un tamaño inusual, con más de ocho kilos de peso. Se había quedado enganchada en el lago Seneca en un anzuelo de lo que los pescadores llaman una «línea de pesca»; el anzuelo lo habían lanzado a una profundidad de veintiocho metros, y hasta allí se había sumergido el pájaro en busca del cebo. Ya ha habido otras aves que han terminado capturadas del mismo modo y en el mismo lago, en líneas sumergidas entre veinticinco y treinta metros. Cabe la duda de si alguna otra especie alada puede sumergirse tanto bajo el agua. En cualquier caso, sí existe otro pájaro, y mucho más pequeño, que se siente aún más a gusto en el agua que el colimbo y, pese a no tener las patas palmeadas, no es menos buceador: el mirlo acuático americano. A decir verdad, el mirlo acuático es un ave muy particular, ya que, en vez de nadar por la superficie del agua, como hacen patos y gansos, o bien por debajo, como los colimbos, o vadear las orillas como ocurre con muchas de las tribus de patas largas de la costa, en realidad este pájaro corre o vuela casi a voluntad sobre los lechos cubiertos de grava de los riachuelos montañosos. El señor Charles Bonaparte menciona haberlos visto con frecuencia entre los arroyos de los Alpes y los Apeninos, donde se los puede encontrar en solitario, o por parejas, acechando torrentes y cataratas con total impunidad, o correteando de acá para allá por el fondo pedregoso de riachuelos más tranquilos.⁴ No obstante, estos pájaros no saben nadar; lo que hacen es descender de repente en las aguas, o a veces entran ociosos caminando desde

4 Se habla aquí de Charles Lucien Jules Laurent Bonaparte, biólogo y ornitólogo francés del siglo XIX (y sobrino de Napoleón Bonaparte). (*N. de la T.*)

la orilla, volando como si estuviesen bajo la superficie, moviéndose con las alas expandidas. Cuentan que los nidos los construyen en lugares situados en saliente sobre algún arroyo montañoso, ya sea en un árbol o sobre una roca; y los pollos, cuando se asustan, se lanzan de inmediato al agua de abajo, para su seguridad. No son aves comunes ni siquiera en los sitios de los que son nativas, sino criaturas salvajes y solitarias, más pequeñas que nuestro zorzal robín, con un plumaje oscuro y apagado. Hasta hace bien poco, se suponía que el mirlo acuático era un ave desconocida en este continente, pero más recientemente se la ha descubierto en diferentes puntos de nuestra parte del mundo, frecuentando, al igual que en Europa, lagos agrestes y riachuelos rocosos de aguas límpidas. La variedad americana difiere ligeramente en algunas de sus marcas de la que se ve en el continente europeo.

Miércoles, 8 de marzo.

Un día muy agradable, bastante primaveral. La nieve se está derri-
tiendo con rapidez. La primavera está en el aire, en la luz y en el
cielo, aunque la tierra sigue sin ser consciente de su proximidad.
Este clima tan templado lo tenemos también en diciembre, pero
esta mañana, algo en la plenitud y la suavidad de la luz que brilla
en el cielo nos habla de la primavera: el temprano amanecer pre-
vio al día de verano. Un pequeño carpintero peludo y un arrenda-
jo azul estaban correteando por entre los manzanos a la caza de
insectos; los observamos durante un rato con interés, ya que a lo
largo del invierno se ven pocas aves por aquí. Es cierto que ni el
carpintero peludo ni el arrendajo azul se marchan de esta zona
del país; los dos se quedan aquí durante la época de clima frío,
aunque permanecen inactivos y raras veces vagan por ahí afuera.

Viernes, 1 de junio.

Un día precioso. Hemos dado un paseo agradable. El campo entero está verde en estos momentos, más que en cualquier otro periodo del año. La tierra luce enteramente decorada por un delicado verdor de tonalidades varias: los árboles frutales se han desprendido de sus flores, y los vergeles y huertas están verdes; el bosque ha sacado a relucir su follaje fresco, las praderas siguen sin estar coloreadas por las flores y los jóvenes cultivos de cereal aún se muestran herbosos. Este matiz verde fresco del campo es muy encantador, y entre nosotros resulta muy fugaz, ya que pronto cede el paso a la coloración más cálida del pleno verano.

Los ampelis americanos han estado molestando mucho entre los brotes de los frutos, y siguen acechando las huertas. Dado que siempre se desplazan en bandadas, salvo por un periodo muy breve en el que están ocupados con sus polluelos, dejan su marca en todos los árboles que atacan, ya sea en los frutos o en las flores. Los vimos la semana pasada esparciendo los pétalos como una lluvia, para llegar al corazón de la flor, cosa que, por supuesto, destruye los frutos jóvenes. De ese modo, se convierten casi en sus propios enemigos, ya que no hay un ave más aficionada a comer frutos que ellos mismos; llegan a ser incluso engullidores voraces cuando se topan con alguna baya de su gusto, sacrificándose a sí mismos de hecho, a veces, por la cantidad que ingieren.

Existen dos variedades de este pájaro estrechamente ligadas entre sí, muy similares en su apariencia general y en su carácter: una procede del norte más septentrional, mientras que la otra se encuentra en los trópicos. No obstante, ambas encuentran un terreno común en las regiones templadas de este territorio nuestro.

La variedad más grande, el ampelis europeo, es un pájaro muy conocido en Europa, claro, aunque tan irregular en sus vuelos que, antiguamente, sus visitas se consideraban entre los pueblos supersticiosos como señales de alguna calamidad pública. Hasta hace poco, se suponía que esta ave era desconocida en el continente occidental, pero una observación más cercana ha demostrado que también se encuentra aquí, en nuestro propio estado, donde se dice que va en aumento. En general, guarda una fuerte semejanza con el ampelis americano, pese a ser sin duda más grande y tener marcas distintas en algunos puntos. Se supone que cría muy al norte, en territorios árticos. Ambos pájaros tienen cresta, y los dos cuentan con un apéndice en las alas, unas puntitas rojas como de cera en la extremidad de las plumas secundarias de las alas, que varían en número y no se encuentran en todos los ejemplares, pero son bastante peculiares de por sí. Los hábitos de las dos variedades resultan similares en muchos aspectos: ambas comen bayas, son muy gregarias en sus costumbres y se muestran especialmente afectuosas en su disposición mutua. Se agrupan lo más cerca unos de otros que pueden, y a menudo se ve a media docena pegados en la misma rama, acariciándose entre ellos, e incluso dándose de comer unos a otros por pura amistad. En el Viejo Mundo se los ha llamado charlatanes, pero en realidad son aves muy silenciosas, aunque se muestren ajetreadas y activas, cosa que quizá llevase a la gente a imaginar que eran criaturas que también hablaban mucho.

El ampelis europeo es bastante raro, incluso en Europa, y aun así se cree que una pequeña bandada estuvo por nuestra región esta primavera. En dos ocasiones distintas, nos percatamos de lo que parecían ser unos ampelis europeos muy grandes, pero sin la línea blanca en torno al ojo, y sí con una línea blanca en las alas. No obstante, las dos veces se encontraban en un matorral, y dado que no teníamos la libertad de quedarnos a observarlos, eso no bastó para aseverar positivamente que se tratase de ampelis europeos. Los ornitólogos entendidos, teniendo un pájaro en la

mano, han cometido a veces grandes errores en asuntos así y, por supuesto, la gente no instruida debería ser muy modesta a la hora de expresar una opinión, sobre todo cuando, en vez de tener un pájaro en la mano, solo ha podido avistar dos en un arbusto. Con respecto al ampelis americano, todo el mundo los conoce; son lo bastante comunes en el país entero, y también abundan en México. Se venden en los mercados de nuestras grandes ciudades, en otoño y primavera, por dos o tres céntimos el ejemplar.

Sábado, 2 de junio.

Mañana nublada seguida de una tarde encantadora. Hemos dado un paseo largo. Hemos ido por un camino secundario que nos llevaba por los montes hasta un lugar salvaje, donde, en una distancia de entre tres y cinco kilómetros, solo hay una casa habitada, y se encuentra a la orilla de una ciénaga sombría de la que ha quedado apartado el bosque, mientras que dos o tres cabañas de madera abandonadas junto al camino no hacen más que aumentar la desolación del lugar. No obstante, hemos disfrutado el paseo con más razón, dado su carácter salvaje y rudo, tan distinto de nuestras caminatas cotidianas. Hemos pasado junto a varios manantiales preciosos en los bordes de arboledas sin vallar, y hemos visto algunas aves interesantes. Un hermoso pico dorado, o carpintero escapulario, un bonito pibí oriental y una pequeña y muy delicada reinita estriada, muy rara esta última y totalmente confinada al bosque; estaba saltando muy ociosa entre las ramas florecidas de un cerezo silvestre, y tuvimos una oportunidad excelente de observarla, ya que en ese lugar salvaje no estaba atenta a enemigos humanos, así que nos acercamos, sin ser vistos, y nos colocamos detrás de un arbusto. Estas tres aves son todas características de nuestra parte del mundo.

Las toscas verjas que rodeaban algunos cultivos en estas nuevas tierras estaban preciosamente bordeadas por la violeta cana-

diense, blanca y lila; las rendijas y huecos de varios tocones viejos también lucían decorados con estas flores. No es tan frecuente ver toda esa cantidad junta.

Encima de una de esas violetas encontramos una preciosa araña de colores, de esas que habitan en las flores y a las que deben su coloración, aunque esta era inusualmente grande. Tenía el cuerpo del tamaño de un guisante bien cultivado, de un vivo color amarillo limón; las patas eran también amarillas, y en conjunto era una de las arañas de color más llamativo que hemos visto en mucho tiempo. Arañas de color escarlata o rojo, aún más grandes, las hay no obstante cerca de Nueva York. De todos modos, en su aspecto más vistoso, estas criaturas resultan repulsivas. Cuando recordamos que las arañas sirven en realidad de mascotas a hombres aislados de mejores compañías, terminamos haciéndonos una idea espeluznante de la sombría soledad de una prisión. Se trata de un insecto muy común entre nosotros, y, por ese motivo, más molesto que ningún otro de los que encontramos por aquí. Algunas de ellas, con cuerpos grandes y negros, adquieren un tamaño formidable, y frecuentan sótanos, graneros e iglesias, e incluso aparecen ocasionalmente en habitaciones habitadas. Existe una araña negra de este tipo, con un cuerpo que, según dicen, alcanza los dos centímetros y medio de longitud y unas patas que duplican ese tamaño, que se encontró en el palacio de Hampton Court en Inglaterra, lugar que, cabe recordar, pertenecía al cardenal Wolsey, por lo que a estas grandes criaturas se las llama allí «cardenales», pues algunas personas las consideran características de ese edificio. Una araña enorme, por cierto, con su intrincada tela y sus trampas, no sería mal emblema para un cortesano y diplomático con el sello del cardenal Wolsey, quien, sin lugar a dudas, se logró «agarrar con las manos y estar en palacios de reyes».⁴³

43 Wolsey fue un arzobispo y cardenal inglés de finales del siglo xv y principios